

# UNA FÁBULA DE HOY

Ni de Esopo, ni de La Fontaine, ni siquiera de aquellos aleccionadores Iriarte y Samaniego que prestaban a nuestra niñez el servicio de "Instruir deleitando". ¡De la vida misma! Pueden verse despachos urgentes -y hasta en ciertos periódicos, mapas, enviados especiales-. Y alguna glosa magistral. Por esto nos contentaremos aquí, modestamente, con pillar un fleco del tema: el que diríamos pedagógico.

El maestro va conduciendo su automóvil. Una vez viajé con don Ramón Otero Pedrayo, y el viejo y agudo patriarca de las letras gallegas se preguntaba y me preguntaba, en su habla vernácula, que a dónde íbamos a llegar si ya los poetas andaban en coche propio. Pues así diría de los maestros, aunque por dentro le bailara mucha alegría. Este de la comarca entre extremeña y salmantina, que también es tierra lindante con Portugal, tornaba a casa satisfecha del deber cumplido. Su quehacer no es sedante como el de antecesores suyos, sino impartido a varios pueblos gracias a la motorización, igual que el cura y el médico. Y el distribuidor del butano, por no dejar fuera un menester importante. Si de su salida vuelve el médico con el gozo de haber salvado, acaso, una madre y su fruto, y al sacerdote le retoza el corazón después de encaminar un alma, el maestro trae en sus oídos la música triunfal de la tabla de multiplicar, inculcada -¡por fin!- a aquel reacio de la segunda fila... O los bien cantados límites de España – “y al Sur con la espina de Gibraltar”-; o las reglas en verso para acertar en las bes y las uves. A veces, también, cosas de ninguna aplicación inmediata, más bien de lujo, pero hermosas y tentadoras como para retener a los rapaces en los duros bancos de la escuela. Ciudades lejanas e improbables para los pies hechos a la gleba. Pájaros con plumas de mil colores. La Historia Natural, que puede parecer la menos natural de las historias.

El maestro, aquella tarde, mecido por el oficio y la costumbre, retenía aún la sensación del honrado trabajo. Era como si conservase delante de los ojos las estampas más que sabidas del libro. Por esto tardó en darse cuenta. La ficción impresa sobre el papel se habla convertido en realidad corpórea, tanto que el parachoques del coche podía tropezar con ella: el mismísimo rey de la selva, el hablador de las fábulas de la escuela, el campante de los escudos, la secular materia para el refrán y el tópico. Un león -pero leona-, paseándose por el dominio de las jaras. El viajero echó el freno a su vehículo. Observó. El viajero es una mente lúcida, ni siquiera tuvo que pasarse la mano por los ojos como es costumbre cuando se sospecha soñar. Se fue el animal como se

va un "ovni" después de dejarse ver, el hombre remprendió camino. Estaba el maestro seguro de sí mismo. De quien no lo estaba tanto era de los demás. Caviló que nadie lo iba creer y decidió callarse, al menos por aquella vez, O lo hizo por amor a su profesión, por conciencia del oficio. Los chicos de la escuela, y sus padres con ellos, confían en la existencia de Pekín bajo palabra de quien les enseña. Hablarles de una leona de verdad triscando por los alrededores del pueblo sería un riesgo de escandalizarles, un peligro para su fe. Cuando la vio por segunda vez, el maestro pensó que algo peor, podría pasar si al animal le daba por hacer de las suyas. Entonces sí, escogió el mal menor.

Primero hubo pánico. Luego -inmediatamente a la denuncia- se desencadenó la fantasma del pueblo. Que el humano necesita de lo maravilloso tanto como del oxígeno que respira se ve en enseguida, desde Homero a Corín Tellado. Por esto decepciona lo fácil y casero, mientras se acude a lo complicado y remoto. A un circo que actuaba en Ciudad Rodrigo le volcó un camión, y a saber si la fiera no provenía de aquella industria. Pero a gente prefirió embellecer sus cábalas, alejándolas en el espacio y en el tiempo. Una frontera es siempre una frontera. Y nació la historia del león cachorro que un soldado portugués importa consigo, trofeo personal de sus batallas en Angola, luego crecido por los pagos de Guarda o Castelo Branco hasta su escapatoria a través de la marca hispánica. Tampoco puede decirse que la leyenda esté mal urdida, pues encaja en la inclinación lusitana a descubrir mares y países donde el héroe apaña algún recuerdo -cualquier "lembrança"- que le acompañe en la rutina de la vida civil. De todos modos, y mientras se aclara la procedencia de la leona viajera, varios ayuntamientos se han aliado en una declaración de guerra contra la intrusa que con sólo la noticia de su existencia atemoriza a caminantes y pastores. Un "safari" como esos que los turistas pagan en África con muy buenos cuartos.

Así queda la historia a la hora en que estoy escribiendo de ella. El riesgo del comentarista que no lo es rabiosamente de cada día está en que sus cuartillas salen cuando quizá haya sobrevenido el desenlace. Si la fiera cometiera algún desmán irreparable -no lo quiera Dios-, nos quedaría un mal regusto, pesarosos de no haber tratado el tema con un tono más grave. Pero yo espero -y deseo- que el somatén de charros y cacereños dará alcance a esta leona de quien no se sabe el nombre, ni la filiación, ni las intenciones; y que ocurra sin daño para nadie, incluido el solemne y extraviado y, seguramente, asustado animal. Será el final feliz de la página que ya podemos titular: "Fábula de la leona y el maestro" y aquí el sitio de la moraleja indispensable. Con la prueba en sus manos, la buena gente de la sierra de Gata creará más que nunca en "esas cosas de don Gregorio": el mar de los Sargazos, por ejemplo; la redondez de esta tierra que nos parece pisar tan plana; el que doce hombres y dos cántaros de vino sean números heterogéneos que no se pueden sumar ni restar...

**Antonio PEREIRA**